

LAS CALLES HERMANAS

La calle fue parcela importante en el territorio vital del hombre, pero ahora tiene una posición intermedia que la desfavorece. (Será porque las calles ya no se andan: se sobrearan con las ruedas de los coches.) Y la regla debe de ser buena, porque no le faltan las excepciones. Ahí están esas asendereadas ciudades del Ulster, donde según la calle en que se viva pintan copas o pintan bastos. Casi siempre bastos.

El hombre se reconoce a sí mismo en la casa -el hogar-, y luego salta a sentirse ciudadano, es decir, habitante de una ciudad; y de allí a nacional, a continental, a huésped de la Tierra -ahora, ya, del Universo-. Así establece sus alianzas. Los hogares emparentan unos con otros. Las estructuras superiores, pactan. Y, en el medio, las villas y ciudades se hermanan en una creciente costumbre que sospechamos francesa, a juzgar por el arraigo de la palabra con que se la nombra: "jumelage". Climas parecidos, circunstancias económicas similares, sentimientos naturales de simpatía, la vecindad de un mismo mar son algunas entre las causas de tan nobles enlazamientos, realizados a nivel municipal y en olor de cortesanía y juegos florales.

Una tarde, hablándolo en la tertulia, puse algunos ejemplos imaginados y pedí a los amigos que me ayudasen con sus invenciones,

-Bilbao y Liverpool.

-Barcelona y Marsella.

-Viena con Madrid.

Estas solicitudes tienen de bueno -o de malo- que arrastran una larga cola. Siempre hay alguien que lo toma a pecho y esa noche no duerme, supuesto que no nos despierte a nosotros por teléfono. No es presumir, pero apostarí a que algún lector está cayendo ya en la trampa.

-Córdoba y Damasco.

-Salamanca y Coímbra.

-Cádiz y Vladivostok.

No falta, naturalmente, el gracioso que echa mano de los contrarios, la más vieja técnica del chiste:

-Torremolinos... y Astorga.

De hermanar las calles nadie se había acordado hasta ahora. Pero nunca es tarde, si la fraternidad es buena. Apuntemos que la novedad se debe al comercio, como tantas otras cosas de mucha monta, desde los fenicios al supermercado. Piensen ustedes en treinta comerciantes japoneses, treinta, que no son tan difíciles de imaginar: menudos, inquietos, inteligentes, persuasivos, oscuros, con gafas, ceremoniosos, observadores, con buenos bolígrafos, con veloces estilográficas, sonrientes, amables... Todos de la ciudad de Yokohama. Todos de la calle Motomachi. Pues los treinta se han venido a Madrid, y sólo para pedirles relaciones a los comerciantes de la Gran Va. Así, de calle a calle.

Quizá los capitalinos negociantes de la insigne arteria (que en tiempos fue para nosotros la de Pasapoga y hoy es más bien la de Espasa-Calpe) se tengan que haber reunido alguna vez para pagar a escote las aceras o la iluminación. Ahora la cosa es más solemne. La plaza del Callao debe significar, más o menos, el centro de José Antonio. Cualquiera día veremos allí su propia cancillería.

Lo que pasa con estas finezas es que luego dejan de ser originales y se empobrecen a manos de los imitadores. Y a lo mejor -a lo peor- nosotros mismos ayudamos con estas glosas. Ciertamente, es para pensar en las consecuencias. Por ejemplo, un escritor amigo mío va a tener eso tan impresionante que es una calle en vida, una calle con su nombre, y de verdad que no le faltan merecimientos. Bueno, él prefería una placita, como quien dice un "square". Mas el hombre propone y los ayuntamientos disponen. Mi amigo está conforme, le vale incluso una calle modesta con tal de sea limpia, de buenas costumbres... Pero, ¿y después? Porque nadie podrá adivinar cualquier emparejamiento futuro. Si fraguará con una rúa decente -que tampoco quiere decir cateta, pues yo viví en la parisiense de Fleurus donde hace años que no se comete un pecado mortal-; si con una de esas calles de Ámsterdam o Hamburgo donde las mozas de vida fácil, ¡qué ironía!, están expuestas en escaparates.

-¿Mozas de carne y hueso?

-¡A ver!

Antonio PEREIRA